



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

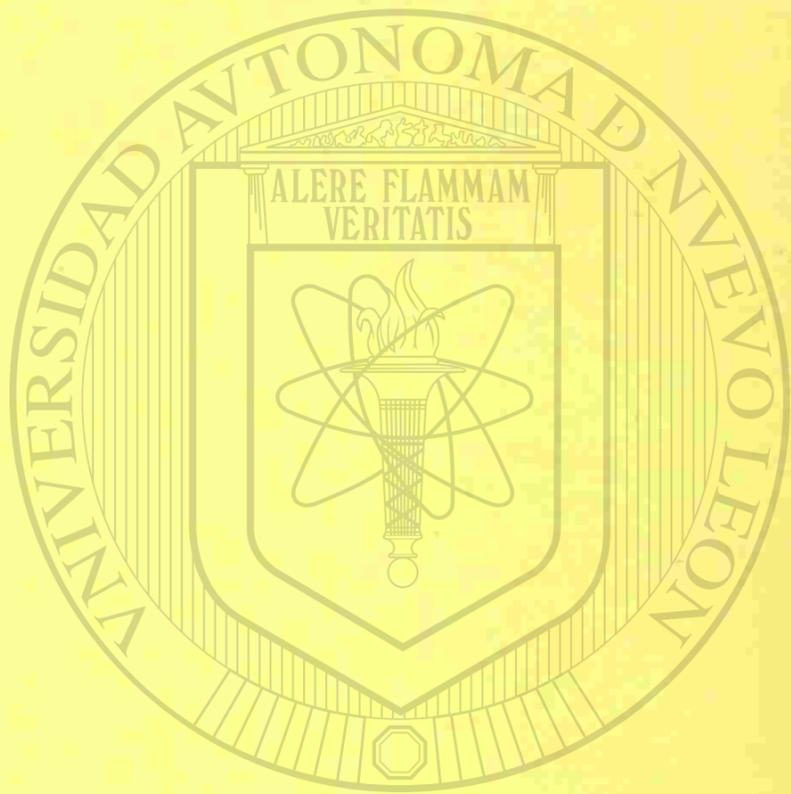
1230
665

J

NOM

RALD

£1230
G65



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS

“CONQUISTADORES ANTIGUOS Y MODERNOS”

DEL

SR. D. FRANCISCO SOSA

POR

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

En las guerras las represalias son justas porque las provoca el enemigo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA VARELA Y TELLO

MÉXICO.

Imprenta y Encuadernación de Müller Hnos.

49. AVENIDA JUÁREZ 810.

1901.



EX LIBRIS

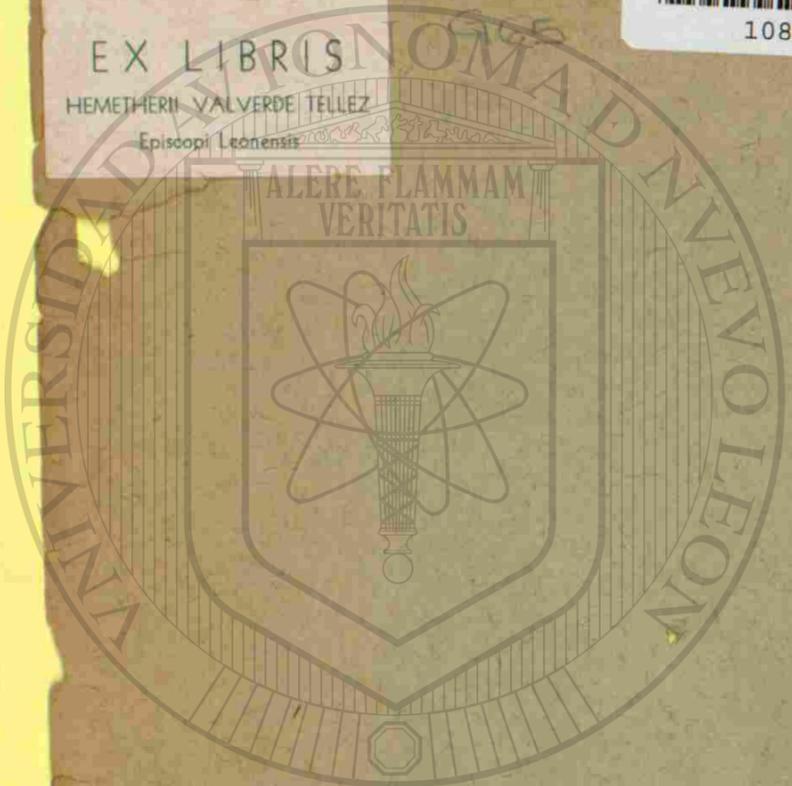
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

F 1230



1080017630



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ



DIFÍCIL es á los escritores apreciar sus aptitudes intelectuales, pues no conociéndose suficientemente á sí mismos, y sacrificando todo á su vanidad y al imoderado afán de hacerse célebres, no concentran sus facultades en alguno de los ramos del saber humano.

Hay muchos que intentan á la vez distinguirse como poetas, novelistas, oradores, historiadores, biógrafos, periodistas, críticos, en una palabra, pugnan inútilmente por conquistar todos los lauros y todas las palmas, sin arredrarse por los continuos desdenes del público lector. Cada uno de sus ensayos es un desastre, pero nuevas esperanzas despiertan en ellos nuevas ilusiones, y no conformes con los elogios justos ó benévolos que se les conceden, concluyen por verse despreciados ú olvidados.

Su sed, sin embargo, es insaciable, y á fuerza de derrotas y de no tener afectos, se les forma un carácter hosco, agrio, displicente, irritable, y de allí que no soporten elogios á otros que no sean ellos, y que á cada paso piensen hallar intenciones malévolas ó ruines pasiones en obras escritas con erudición y buena fé.

Lejos de mi la mente de rebajar con estas reflexiones la reputación que tiene adquirida el Sr. D. Francisco Sosa, modesto, laborioso y fecundo escritor, que es bien conocido aquende y allende los mares, y que ha sido agraciado con los títulos de doctas corporaciones mexicanas y extranjeras, y á quien la literatura patria le debe haber publicado, además de las suyas propias, joyas ajenas de indisputable mérito; pero en el Sr. Sosa,—perdón por mi franqueza y atrevimiento,—me parece encontrar algo de aquellos escritores á que he aludido líneas arriba.

Acaba de producir una disertación intitulada *Conquis...* res antiguos y modernos, muy bien impresa, y á propósito de



la muy erudita é interesante obra del Sr. Lic. D. Genaro García, que no ha mucho se publicó bajo el título de *Carácter de la Conquista española en América y en México*.

Desde la primera página de su flamante folleto indica el Sr. Sosa el estado de su ánimo y el móvil de su escrito, pues á continuación de informarnos que se halla en la «soledad del retiro á que pertinaz dolencia le tiene confinado,» nos dice con rudo pero sin igual candor, que la lectura del elogio que tributé en un diario á la obra del Sr. García, «vino á llenarlo de tristeza,» cuidando de advertirnos que este sentimiento no obedeció en él «á rastrera envidia,» sino á que mi juicio era como un «toque de atención,» de que su «credo en materias históricas» estaba en completa discrepancia con el del Sr. García y el mio.

Crea el Sr. Sosa que más que lo último me apenó la «tristeza» que le produjo con las alabanzas al libro del Sr. García, y más me apena que esa «tristeza» no se hubiese disipado con la lectura, ó más bien dicho, con el estudio detenido que asegura haber hecho de la obra, motivo de su novísima disertación.

Yo también he leído y estudiado detenidamente el folleto del Sr. Sosa, y he podido convencerme que de la «tristeza» ha pasado en las páginas siguientes á otros sentimientos, hasta el grado de escribir un juicio, no sereno é imparcial como lo requería el asunto, sino apasionado é iracundo, contra la obra y contra el autor.

El Sr. Sosa no entra de lleno á refutar la tesis principal sostenida en la obra del *Carácter de la Conquista Española en América*; no aduce razones para tratar de combatir esa tesis, ni opone testimonios coetáneos y del mismo valer de los numerosos y abrumadores que se citan en cada página de aquella obra. El Sr. Sosa se descarrila en el asunto, da tumbos fuera de la vía, nos cansa con materias que no ha tocado el autor del libro.

No se muestra indignado con las crueldades de los conquistadores españoles, pero en medio de su disimulada simpatía y de su pretendida defensa, al comparar las conquistas antiguas con las modernas, so pretexto de hacer ver que fueron iguales, mas sin conseguirlo, confiesa después, pág. 68 de su folleto, que no le guió «el deseo de atenuar los horrores de aquellas con la relación de las que estas han producido.»

Perdidos los estribos de la serenidad y de la razón, sueltas las riendas al flaco rocinante de su criterio, sin circunscri-



birse al asunto principal de la obra que intenta refutar en vano, sin plan ni método, es difícil seguir al Sr. Sosa en su precipitada fuga, pues á todos atropella y en todos cree hallar follones y malandrines.

Disculpe esto el que no refute en su desorden las ideas manifestadas en el extenso folleto,—unas disimulas y otras que no venían al caso, como el demostrarnos su admiración sin límites á nuestro sabio historiador Orozco y Berra,—pues tendría yo que escribir una disertación más larga que la suya, y carezco del ocio de que él disfruta y de un Mecenas que costeara la impresión de mi escrito, pues no tengo recursos para ello.

Decía yo que iracundo se mostraba el Sr. Sosa, y en efecto, pues mal encubren las rosas marchitas de sus metáforas y las *exquisiteces* de su académico estilo, cada una de las frases y palabras que dirige al autor del *Carácter de la Conquista Española en América*, llamándole violador inicuo de los fueros de la verdad y de la justicia; acusándole de presunción, soberbia, saña, inquina, rencor, obseción, y calumniándole al asegurar, en las páginas 55 y 58 de su folleto, que el Sr. García había levantado «andamiaje fortísimo para la construcción de gigantesco monumento destinado á perpetuar el odio á la raza conquistadora,» y al decir que es «frénetica su aversión á España.»

Así es como el Sr. Sosa trata de defender á los conquistadores, así es como predica la armonía entre españoles y mexicanos.

El Sr. Sosa sí excita los odios de los españoles contra el Sr. García y de los mexicanos contra los yanquis, sin haber razón para los unos y los otros.

Atribuye móviles á la obra del Sr. García, que no tiene; y á pesar de que reconoce los crímenes de la Conquista, pero no de una manera leal y franca, asienta que el libro es inoportuno; que «á qué obedece en la época actual la exhumación de un proceso fallado sin apelación tiempo ha por el tribunal augusto de la conciencia humana.»

Inoportuno es el folleto intencionalmente político del Sr. Sosa, quien para dar un grito de alarma cuando el peligro no existe, no ha respetado el duelo en que se hallan los americanos por el asesinato de su Presidente, pues en estos días de luto ha circulado su folleto preñado de odios y de temores.

La obra del Sr. García no es inoportuna, porque es simplemente histórica, y los libros históricos son siempre oportunos.

4
tunos y no tienen por objeto sembrar odios ni conciliar opiniones como pretenden algunos: su fin siempre es consignar la verdad.

Lo que dice el Sr. Sosa de que la historia de la Conquista es «un proceso fallado tiempo ha por el tribunal augusto de la conciencia humana,» es frase retumbante, pero hueca. El proceso de la historia es interminable: todos los días nuevos testigos, los documentos, y nuevas informaciones, las practicadas por los eruditos, van confirmando ó rectificando los hechos. El proceso de la historia será fallado en el Valle de Josafat, y allí sabremos si el Sr. Sosa ha de quedar en el limbo por inocente, ó los conquistadores han de hundirse en el infierno por sus crímenes.

Si escribir *historia ya fallada*, según el Sr. Sosa, es *excitar odios*, yo le preguntaría cuándo se falló el proceso de la Conquista y en qué ocasiones se deben consignar los sucesos verdaderos, porque él nos habla mucho en su disertación de oportunidad y de fraternidad para con los españoles, é inconsecuente con sus ideas no demuestra esa misma fraternidad y esa propia oportunidad tratándose de los anglo-sajones, pues nos diserta sobre los acadianos, los boeros, la guerra de Texas, sin venir á cuento, porque son asuntos ajenos á la obra del Sr. García, á quien pretende refutar por la *manera de hacer historia*, sin saber él qué cosa es esto.

Insisto en que me conteste el Sr. Sosa cuándo se falló el proceso de la Conquista, pues sin embargo de las ideas conciliadoras que reproduce de su discurso cívico del 16 de Septiembre de 1886, en su libro *Bosquejo Histórico de Coyoacán*, impreso en 1890, cuatro años después de aquel discurso, dice en las págs. 29 y 30, lo que copio literalmente á continuación:

«Doce de los capitanes de Cortés, dieron y tomaron en hacerse caballeros andantes en la tierra conquistada y salir á vengar agravios y desfacer entuertos. Armólos como tales caballeros Don Hernando, haciéndolos arrodillarse y diciéndoles al darles el espaldarazo: «Os hago caballeros en nombre del apóstol Santiago.» En verdad que no podía hacerse más sangrienta burla de la andante caballería. Los que robaban á las doncellas y las convertían más que en esclavas en favoritas, ó bien las compraban á los oficiales reales que sin el menor escrúpulo comerciaban con la libertad y con la honra de las hijas y hermanas de los vencidos, á título de aumentar los tesoros de la corona de España; los que marcaban á fuego con crueldad inaudita los carrillos de los mexica, en

5
sus horas de esparcimiento se entretenían en parodiar á aquellos paladines de la mujer y de los infelices.»

El Sr. Sosa además de ser inconsecuente con sus ideas es blasfemo é inmoral.

Blasfemo, porque en la página 54 de su disertación, comparando los estragos y los bienes que produce el fecundante Nilo en el Egipto, afirma que «Nilo desbordado por la Providencia, no por la mano del hombre, fué la Conquista.» La inundación—agrega—fué terrible, «mas una vez que hubo pasado y merced á aquel siniestro, alzóse en la tierra mexicana el árbol gigantesco de una nueva nacionalidad.» Esta blasfemia no tiene ni el mérito de ser original, pues ya el protestante Prescott y el católico Alamán habian atribuido á la acción de la Providencia hechos injustificables, como los antiguos cronistas hispanos el triunfo de las batallas al Apóstol Santiago y á la Virgen que arrojaba á los indios puñados de tierra en los ojos y los mataba á todos á palos.

Inmoral, porque con ese Nilo se pretenderian justificar cuantos robos y asesinatos han cometido los conquistadores, y un historiador inglés intentaría atenuar la conducta inculicable de sus compatriotas con los boeros y un norteamericano lo que hicieron los suyos con nosotros.

Por otra parte, la comparación entre la Conquista y el Nilo, padre del Egipto por su benéfica influencia en la comarca, es infeliz. La Conquista de México precipitó un río de sangre, destructor de humanos seres, que arrasó hogares y sementeras. Los supervivientes quedaron condenados á comer el pan amargo y exiguo de la esclavitud y de la miseria, y perdidas con el tiempo las creencias de sus antepasados y la poca fé que les inculcaron los primeros misioneros, concluyeron por ser de nuevo idólatras. Ese río ensangrentado, fangoso, cuyas riberas eran pútridos pantanos y cuyas infectas aguas tenían enfermos, enflaquecidos, lo mismo á los indios que á los criollos, ese río hubo que cegar para siempre en 1810.

Y conste una vez más que el Sr. Sosa se aparta de la tesis sostenida por el Sr. García, pues éste no se ocupó en si produjo ó no beneficios la Conquista con el transcurso de los tiempos.

Pero sería interminable, fastidioso é inútil, seguir al Sr. Sosa en el discurso de sus extravíos y de sus errores, porque todos son de la misma especie, y repito que carezco de un Mezenas para imprimir un folleto extenso.

No me detendré tampoco en corresponder, como merecía,

las exquisitas é irónicas frases de sus ataques embozados, pero si refutaré algunos cargos que me hace.

En la pág. 19 de su disertación copia el Sr. Sosa, trunco, mi elogio á Bernal Diaz y á su obra, y el que hice de sus compañeros de armas, cuyos nombres habían callado los panegiristas de Cortés, para explicar así el móvil que guió á Diaz del Castillo al redactar su «Historia.» esto es, reparar una injusticia que se había cometido con los unos para loar al otro.

Pues bien, el Sr. Sosa, sin penetrarse de mis ideas ó falseándolas por la pasión, asegura que mi juicio al calificar á todos los conquistadores españoles, de «escapados de presidio y de la peor ralea,» no se conforma con el que consigné en mi libro acerca de Bernal Diaz.

Y más antes, con marcada intención y en estilo incorrecto, gramaticalmente hablando, extractó el siguiente párrafo de mi citado libro, suprimiendo las exculpantes y sólo copiado mis elogios á Diaz del Castillo.

«Muy joven aún—dije refiriéndome á este famoso cronista—se lanzó á la azarosa existencia de aventurero y conquistador, impulsado por el espíritu que animaba á sus coetáneos, por ardor caballeresco ó por afán de lograr fortuna, aunque él mismo protesta que ni en sus primeras expediciones ni en las empresas posteriores, le guió otro móvil que servir á Su Majestad y á la Fé Católica. Mas sus quejas repetidas sobre el reparto del botín y sus reiteradas instancias para asegurar las encomiendas, hablan muy elocuentemente en sentido contrario. Disculpemos, empero, estas debilidades, comunes á todos sus contemporáneos, y en gracia de la sencillez, del candor y de los servicios que prestó el buen Bernal; y muy principalmente por habernos legado una inestimable crónica..... etc.»

Compárense estos conceptos míos con los que me atribuye el Sr. Sosa en la pág. 19 de su disertación, y se verá que están por él adulterados. Censurar á Diaz del Castillo sus debilidades y disculparlas en gracia de otros méritos que tuvo y de que careció la mayoría de los conquistadores, no es disculpar á todos como torcidamente afirma en la pág. 20 el Sr. Sosa.

Reconocer, en otro párrafo que copia de mi libro, que hubo algunos conquistadores buenos, se compadece perfectamente con lo que después he dicho de que en lo general fueron avaros, crueles y fanáticos. Seré más explícito. En 1894 elogí los méritos excepcionales y personales de algunos de

los conquistadores de Méjico, y en 1901 censuré los defectos generales y colectivos que caracterizaron á todos los conquistadores españoles de América. Las máculas comunes á los miembros de una raza no excluyen las cualidades de tal ó cual de sus individuos.

Queda, pues, contestada la pregunta de mi injusto censor, y habrá visto que las dos veces fui justiciero, al condenar crímenes y al premiar méritos.

En la pág. 55 de su folleto, dice el Sr. Sosa:

«Porque no hay que dudar: nadie emprende con la fruición y la constancia del Sr. García, una tarea que roba el tiempo al ejercicio de una profesión lucrativa, por el solo deseo de hacer desfilarse ante nuestros ojos asombrados la siniestra procesión de los españoles del siglo XVI, á quienes el Sr. González Obregón llama de la peor ralea, presidiarios condenados al último suplicio y clérigos avaros, codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres, haciendo una terrible confusión y llegando por ella hasta á (sic) calumniar á los primeros Apóstoles del Cristianismo en América, para cuya alabanza resulta pobre el lenguaje humano. Los religiosos y clérigos malos, aparecieron cuando ya la Conquista estaba consumada, y es imperdonable confundir con la historia de esa Conquista la de la dominación colonial.»

Bien podría yo oponer la excepción de obscuro é inepto libelo á lo anterior, si fuera jurisculto: pues el párrafo está escrito de manera que puede envolver un cargo común al Sr. García y á mí, ó á uno de los dos solamente. Por mi parte, diré al Sr. Sosa, que no calumnié á los Apóstoles del Cristianismo en América, porque en mi juicio acerca de la obra del «Carácter de la Conquista Española,» tuve especial cuidado de exceptuar á los misioneros, á quienes consagré algunas líneas en su alabanza, que el mismo Sr. Sosa copió en la pág. 8 de su folleto.

«Cuadro tan desolador—dije—sólo tiene una grandiosa figura, que crece con los siglos, el P. Las Casas, y un grupo de contados y venerables varones, los misioneros, que á ejemplo de aquél abogaron por la más justa de las causas, y fueron de los poquísimos que consolaron á los indios en sus infortunios.»

Y cuando hice alusión á los malos clérigos y frailes, me referí á los de la Conquista y no á los de la dominación colonial, con los cuales se confunde el Sr. Sosa.

Muy ufano se detiene el mismo señor en la pag. 39 de su folleto, para hacerme notar que no hace la menor alusión á los

tópicos de raza, lengua y religión; pero á la pág. 57 afirma «que el Sr. García, sin temor de que se extremezcan en la tumba antepasados suyos, infama á la raza española en libro escrito en *español*, porque éste fué el *idioma* que adoptó.....»

Como se ve, el Sr. Sosa sacó la lengua y la raza, á pesar de haber dicho antes que no haría *la menor alusión* á esos tópicos por mí censurados, no porque los *deteste*, como él dice, sino porque son armas viejas que siempre se han esgrimido para defender la Conquista.

Pero el Sr. Sosa, no contento con sacar la lengua, *infama* á la *raza española* confundiéndola con los conquistadores, y no tiene razón de acusar al Sr. García de que al escribir en español los hechos criminales de éstos, infame á aquélla; de ser así, todos los historiadores castellanos, desde Juan de Mariana hasta D. Juan Valera, habrían infamado á su raza por el solo hecho de haber escrito y censurado en idioma español los crímenes cometidos por sus compatriotas.

El Sr. Sosa, como rezagado que es en la *manera de hacer historia*, quisiera que solamente se enumerasen hazañas gloriosas, épicas, legendarias, tratándose de la Conquista española, siendo también en esto inconsecuente consigo mismo, pues al hablarnos de otras conquistas en su disertación, para ellas sólo tiene cargos y recriminaciones.

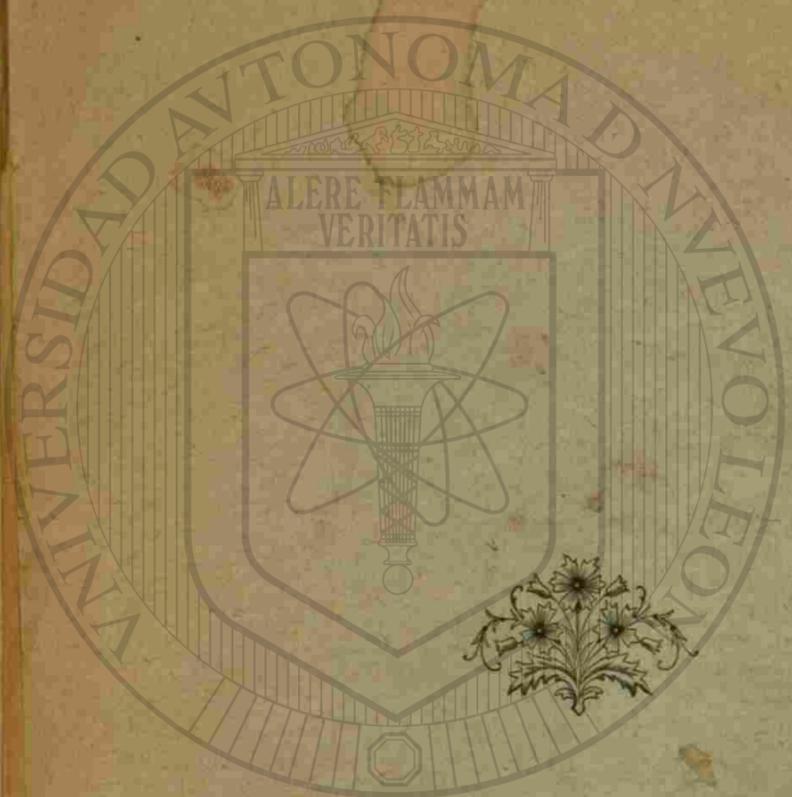
Y voy á concluir contestando el principal cargo de su folleto. Califica mi juicio acerca de la obra del Sr. García de *entusiástico y de fervoroso elogio*.

No podía ser de otra manera, y mientras á los innumerables testimonios que cita el autor no se opongan otros tantos que demuestren que no fué el *carácter de la Conquista española en América* el que aparece en su libro, no me cansaré de elogiarlo.

Yo también me he hundido, buzo incansable, «en el mar lleno de sirtes de las viejas crónicas,» atraído por los seductores cantos de esas Sirenas que se llaman la VERDAD y la JUSTICIA, y sólo he hallado las perlas desprendidas del collar de Doña Catalina Juárez, ahogada por el uxoricida Conquistador, en ese mismo histórico Coyoacán, adonde á Ud., Sr. Sosa, le tiene confinado pertinaz dolencia.

Septiembre de 1901.

Luis González Obregón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

002488

UANL

®



U A N

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

